

SOR MARÍA CATALINA

Una vida envuelta en sencillez.

Dice, muy acertadamente, el autor más famoso de “Auto-sacramentales”, Calderón de la Barca, que la vida de cada persona es un papel a interpretar en el Gran Teatro del mundo. Descubrir con acierto el papel que se nos asigna es una prueba de sabiduría, saberlo interpretar con éxito es llenar todo el programa existencial que a cada uno se nos encomienda... lo consolador para el cristiano es que, no es tanto la categoría del papel que se le confía lo que cuenta, como el tener siempre presente que, haga lo que haga, su meta es siempre el amor y que por muy sublime que sea la partitura que le toca interpretar, siempre es en clave de servicio... todo lo demás es sueño y los sueños, sueños son... En suma, lo importante antes que iniciar la carrera es fijar los ojos en nuestro modelo Jesús quien: no considerando un tesoro codiciable su naturaleza divina, se anonadó tomando la forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz... amando hasta el extremo...

Comprendió muy pronto Sor María Catalina, que lo que importa es servir y ya entre los suyos, se la recuerda cercana y servicial incluso con las personas que trabajaban en su casa. Juana Artola nos manifiesta como a ella María Catalina la trataba como su fuera su hermana: con ella iba a las 5 de la mañana a oír Misa todos los días y juntas organizaban y disponían las faenas de la casa. Muchas veces enviará a la misma Juana con ropas y comida para la gente pobre, buscando ella pasar desapercibida. Se entrega sin condiciones al cuidado de su hermano Pedro, enfermo y de carácter violento, así como atiende con toda solicitud a dos miembros de la familia, ya mayores que han sido acogidos en el hogar de los Irigoyen, donde permanecerán hasta el final de sus vidas. Tampoco rechaza María Catalina la invitación de sus hermanos a asistir, acompañando a los suyos, a las funciones de gala y siempre causa admiración por su distinción, sencillez y modestia. Las jóvenes que convivían con ella la describen así: “ Vestía un traje negro de seda, como

correspondía a su clase. Un largo y tupido velo cubría su rostro y aunque era su atavío de tan excelente calidad, ya se echaba de ver que ni la moda, ni el capricho ni otra alguna vanidad le inducían en su vestido... ..cuando salíamos de algún acto piadoso, como Hijas de María, mientras nosotras nos íbamos a buscar algún entretenimiento o nos íbamos a pasear, ella se dirigía a su casa, siempre discreta, sin desear ser vista”.

Su hermano Pedro falleció en Pamplona el 17 de noviembre de 1881. María Catalina va a pasar de su entrega a Dios junto a su hermano enfermo, a la entrega a Dios junto a los enfermos que el Señor quiera poner en su camino.

El 31 de diciembre de 1881, libre de toda responsabilidad familiar, María Catalina ingresa en la Congregación de las Siervas de María, por cuya misión y espiritualidad, según frase suya, se había sentido siempre atraída e identificada. El primer día de enero de 1882 le amanece como postulante formando ya parte del convento de las Siervas de María de Pamplona en la calle Salsipuedes. Quiere ser toda de Dios y su amor a Él la mantendrá firme, frente a cualquier otra interferencia que la desvíe de esa misión que ya es suya. Desde el primer día manifiesta su disposición: “Yo he entrado Sierva de María para cuidar enfermos y practicar cualquier otro oficio, por humilde y duro que sea”.

Escoge ser Sierva de María y desde el primer momento trata de desprenderse de todos los títulos que pudieran entorpecer su camino de entrega. Así contó para ella muy poco sus apellidos y condición social, no hizo nunca alarde de la rica educación recibida, buscando siempre el pasar desapercibida. Este talante lo mantendrá hasta el final de su vida y le llevará a buscar siempre lo más pobre y raído para vestirse y calzarse con lo que ya está para desecharse...

Esta discreción da lugar a situaciones muy curiosas en las casas de los enfermos. En una de las asistencias van a visitar a la enferma don Ramón Badarán, Diputado de Navarra y su esposa, primos de Sor María Catalina, la encuentran impensadamente y

con gran alegría la abrazan y hablan con ella cariñosamente en el pasillo. La señora se extraña pues jamás hubiera pensado ese parentesco, en aquella sencilla enfermera Sierva de María que realiza con naturalidad y alegría los servicios más humildes que el enfermo requiere.

En otra ocasión es la designada para conseguir autorización y apoyo del Gobernador de Madrid en la tómbola y actividades organizadas a favor de las obras de la Casa Madre de Chamberí. La visita al Gobernador, marqués de Vadillo, fue entrañable y obtuvo el mejor de los resultados, pero terminada la misión, Sor María Catalina ni comenta ni hace alarde de la visita, sencillamente hace lo que se espera de ella, en el mínimo tiempo necesario sin prolongar el protagonismo.

Acepta con la misma alegría y humildad el rechazo de quienes no llegan a descubrir la grandeza que cubre su porte sencillo: cuenta Sor Elena Picurelli como asistía ella a la duquesa de Tetuán. Un día tiene que ser sustituida por Sor María Catalina: al presentarse la nueva enfermera sencilla y sin apariencias, la duquesa se niega a admitir la sustitución. No envía a la nueva enfermera al convento por ser ya de noche pero no acepta su servicio. Sor María Catalina regresa al día siguiente, llena de gozo por haber tenido ocasión de imitar a Cristo rechazado. Al volver Sor Elena, se queja la duquesa de cómo le ha podido mandar la Superiora una hermana con el hábito raído y con tan poca apariencia... le explica Sor Elena quien es Sor María Catalina y no puede menos la duquesa de sentirse avergonzada pues le une una estrecha amistad a la familia Irigoyen Echegaray. Pide repetidamente que vuelva Sor la Hermana a su casa para darle una satisfacción por el desaire. Sor María Catalina responde que no hay nada que perdonar, estaba feliz y no necesitaba alabanzas.

Cristo era su riqueza y su programa de vida y sólo buscaba servirlo en los enfermos.

ORACIÓN

A la Santísima Trinidad para obtener gracias por intercesión de la Venerable Sor María Catalina.

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoramos, te alabamos y te glorificamos.

Por la gran devoción que la Venerable Sor María Catalina profesó al Augusto Misterio de Dios, Uno y Trino, y por el ardiente amor con que dedicó su vida entera al servicio caritativo de los pobres y enfermos, te rogamos glorifiques a tu fiel Sierva y nos concedas la gracia que por su intercesión te pedimos, si fuere para mayor gloria de tu Divina Majestad.

3 Gloria al Padre.

(Con licencia eclesiástica)

Nota:

Para envío de relaciones de gracias, de ofertas, etc., dirigirse a un convento de las Religiosas Siervas de María Ministras de los Enfermos o a la siguiente dirección:

Curia General
Serve di Maria
Via Antonio Musa, 16
00161 Roma –Italia.



GRACIA OBTENIDA

"Devolviendo la alegría a un hogar"

No se limita la intercesión de Sor María Desposorios (María Catalina) a una región determinada de nuestra necesitada tierra; se afanan las Siervas de María extendidas por todo el mundo, en encomendarle los muchos enfermos que ellas cuidan con especial esmero hasta donde humanamente se puede llegar, confiándole a ella, experta enfermera y eficaz intercesora, aquellos casos que la ciencia y la medicina declaran fuera de su alcance:

El hecho que nos ocupa transcurre en Argentina y así nos lo refiere una de nuestras Hermanas I. C.: "Me encontraba en la Comunidad de Buenos Aires y la Madre me envió a cuidar a una enferma que había salido aquel día de cuidados intensivos, no porque su mejoría fuera satisfactoria sino porque los médicos no podían hacer más por la enferma y el esposo decidió que volviera al hogar para pasar allí los últimos días de su vida.

La enferma había sufrido una fuerte crisis de asma que se complicó con un edema de glotis que le producía una gran dificultad para respirar. Era impresionante verla sufrir con la aparición de frecuentes convulsiones que la agitaban y la dejaban inconsciente. Habiendo perdido la facultad de hablar y hasta la vista.

Como el matrimonio era creyente aunque no frecuentaba los sacramentos, le propuse al esposo encomendar a nuestra enferma a la intercesión de Sor María Desposorios y juntos empezamos una novena pidiendo la curación de la enferma. No tuvimos que esperar mucho tiempo para sentir su eficaz ayuda pues pronto la enferma recuperó el habla y la vista; y su estado general, aunque lentamente, fue volviendo a la normalidad pudiendo prescindir la enferma de mis cuidados.

Nuestro gozo fue grande y en todo momento reconocimos que esta curación se debía a la intercesión de nuestra Venerable Hermana.



VENERABLE SOR MARIA CATALINA IRIGOYEN ECHEGARAY



**"Una entrega envuelta
en sencillez"**

Hoja informativa, n° 34

